

LA HISPANIDAD ANTE EL ACTUAL MOMENTO HISTORICO

“España no puede pertenecer a ningún eje de naciones, porque ella es espiritual y geográficamente el eje mismo del mundo cristiano...

”La esencia de la política interna y externa de España es la catolicidad... Su labor de conquista es la unidad... la unidad imperial que sólo puede y debe lograrse - por esfuerzo del espíritu— en las tierras que responden por historia a la misma misión universal. En América y en las Filipinas. La fuerza del Imperio que todos en comunidad necesitamos para cumplir el mismo destino ecunémico está en manos de España.” ¡ Bellas palabras con las que uno de los más preclaros representantes del pensamiento hispánico, el gran nicaragüense Pablo Antonio Cuadra, ha perfilado en estas mismas columnas la misión que corresponde específicamente a los españoles de ambos continentes.

La realidad ontológica de la sociedad que todos unidos formamos es hecha resaltar por Salvador Lissarrague en el mismo número de la REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTRICOS. La sociedad supernacional, para él, “es algo tan concreto que consiste en aquel conjunto de pueblos informados por la misma cultura, por el mismo sistema fundamental de usos y creencias, por la misma manera de reaccionar ante el mundo... La Hispanidad es, primero, un modo de ser de los que pertenecemos a ella como realidad social; segundo, una gran agrupación supranacional en la que aquel modo de ser se manifiesta.” Y estos conceptos los funda en estas otras palabras de César E. Pico: “La civilización europea dominó al indígena porque era sencillamente la civilización universal. Somos europeos en América, oriundos de aque-

llas naciones que aquí arraigaron... somos europeos porque antes somos españoles en América. Y somos españoles porque ese es nuestro modo histórico y social de ser europeos. La Hispanidad aparece así como la sociedad supranacional en que conviven los individuos." Por eso, concluye Lissarrague, al mundo hispánico habremos de ir desde Europa y como europeos. Pero Europa "es algo más que un continente y una unidad espacial de raza y de cultura. Europa es el centro de una civilización universal cuyos principios esenciales, los cristianos, tiene posibilidad de validez para todos los hombres del mundo... La misión de Europa es llevar la cultura, el sentido universal y cristiano del hombre a todas las latitudes del planeta... y por eso España ha realizado mejor que ningún otro pueblo la sustancia misma de Europa como concreción del mundo cristiano."

Difícilmente podría reflejarse con mayor claridad y acierto que en todas las expresadas palabras la esencia misma de la hispanidad. En suma, nunca se ha tratado con ella de otra cosa que de edificar un mundo sobre los cimientos del pensamiento cristiano, o más exactamente, del pensamiento católico. Por la catolicidad de Europa ha reñido España todas sus batallas, y a llevarla al mundo ha dedicado todos sus desvelos. Fruto de ellos es esa magnífica floración de pueblos de América que en un mundo surgido de nuestra derrota "aún reza a Jesucristo y aún habla en español". Sí. Queda aún en el mundo esa obra nuestra. Pero en su impulso fundamental la obra se quebró. España fué derrotada. La unidad espiritual de Europa se deshizo. La ruptura trascendió a la propia España por bajo de su contextura unitaria exterior. Tan fuerte era ésta, sin embargo, que logró disimular todavía mucho tiempo la violenta disociación interna, la verdadera división de España en dos mitades. Pero, al fin, tuvo que ventilarse la pugna en nuestra última sangrienta guerra civil. A los cinco meses justos de terminada estallaba sobre Europa la más violenta de las conflagraciones. A la misma hora, en todos los países de nuestra América, se acentúan los síntomas de la misma división en dos campos, manifestada en España y en Europa.

Sería absurdo decir que todo ello es consecuencia única y exclusiva de que España fuera derrotada en Rocroi. En térmi-

nos más generales, tampoco puede suponerse que las tremendas convulsiones que en medida creciente agitan al mundo sean debidas a un simple extravío ideológico. Lutero, Locke, los enciclopedistas franceses y Hegel podrán encontrarse en la misma línea que conduce a la Revolución bolchevique y a la guerra mundial, pero no son sus únicos factores determinantes. No puede, evidentemente, olvidarse la acción de otros de índole mucho más tangible y material. Concretamente, no puede olvidarse el hecho físico de la gran transformación sufrida por el mundo a consecuencia de la triplicación del número de sus habitantes durante el último siglo y de la revolución industrial. Recuérdese que Napoleón, al que casi conocieron nuestros abuelos, no viajaba por tierra y por mar con más rapidez que Julio César, ni hacía llegar sus órdenes con menos tiempo. Hoy día, pueden llegar masas de aviones de América a Europa y arrasarla con sus bombas en menos tiempo del que tardaba Felipe II en trasladarse de Madrid a El Escorial. En la transmisión de noticias se ha llegado prácticamente a la instantaneidad, y en todos los órdenes el progreso ha sido semejante. En realidad, se trata de que el hombre, aun sin comprenderlos, se ha adueñado de los más íntimos secretos de la naturaleza y ha desencadenado, poniéndolas a su servicio, unas tremendas energías que estaban ocultas. Mediante ellas, ha creado en su torno un ambiente esencialmente distinto del que conocieron sus antepasados. Y dentro de él ha perdido su alma. También pudiera decirse, con el mito de Fausto, que el hombre ha vendido su alma al diablo a cambio de poseer todas las riquezas de la tierra y ejercer un dominio material sobre el mundo.

¿Ha engendrado la técnica a la masa, o ha sido, viceversa, la masa la que ha creado la técnica para poderse desarrollar sobre ella? Bástenos con saber que si, por un lado, la masa de hombres hoy existente en el mundo depende, en términos absolutos, de la subsistencia de la técnica, ésta, a su vez, ha creado la masa, no sólo cuantitativa, sino cualitativamente, en el sentido de que ha desarticulado las organizaciones tradicionales que daban cobijo al hombre y modelaban su vida. La máquina, aunque a primera vista parezca sustituir al trabajo humano, exige después hombres en número creciente, y a estos hombres los

convierte en masa al arrancarlos a su familia y a todas las organizaciones naturales, dentro de las que antes transcurría su existencia para lanzarlos a la desoladora uniformidad del taller o de la fábrica. Antes, familia y taller formaban una misma unidad, dentro de la cual el hombre desarrollaba su vida y cultivaba su personalidad. La técnica ha desgarrado esta unidad, y hoy el hombre pertenece más a la fábrica que a su familia. En este ambiente es donde se han transformado los sentimientos y se han acabado de desvanecer las ideas morales sobre las que descansaba la concepción española de la cristiandad. Otras dos concepciones han venido a sustituirla: una, la anglosajona, primera que nos derrotó para establecer sobre el mundo un imperialismo de tipo estrictamente económico, indiferente a toda manifestación espiritual; y otra, en cierto sentido continuación y superación de la anterior, la marxista, cuyo dogma fundamental es, no la indiferencia, sino la inexorable oposición a cualquier brote de orden moral o religioso, la negación terminante de la personalidad humana y la afirmación categórica de que los bienes materiales son los únicos a cuya obtención deben consagrarse todos los afanes de la sociedad rigurosamente disciplinados por el Estado-Moloch.

Estos son los hechos que hace tiempo han rebasado el ámbito de las ideas y han plasmado en una dura e insobornable realidad. Es noble y digna empresa la de recordar los excelsos principios de nuestra doctrina hispánica. Afirmar resueltamente su ecumenicidad y evocar la labor de nuestros capitanes y misioneros del siglo xvi. Pero sin olvidar el tremendo cambio sufrido por el mundo con arreglo al cual quizá no basten a la hora presente las armas que aquéllos emplearon para triunfar. Si en otro tiempo la civilización cristiano-europea llegó a ser la civilización universal, hoy es lo cierto que ha sido prácticamente batida en brecha y desalojada del mundo por otras dos concepciones de la vida con análogas aspiraciones ecuménicas. Este es el punto fundamental sobre el que conviene fijar la atención. No se trata sólo de que han surgido en el mundo unas doctrinas de signo distinto al de las hispanas y católicas, sino de que tienen ellas también las mismas pretensiones de universalidad. Por cuanto se refiere a la manera práctica como piensan realizarlas los anglosajones,

nos remitimos a las elocuentes notas que acompañan al artículo titulado "España, Europa y la Cristiandad", publicado por D. Antonio Luna en el núm. 9 de esta REVISTA, así como a los comentarios de Juan Carlos Goyeneche sobre el reciente libro de Waldo Franck: *Rumbos para América*. Respecto a las pretensiones mundiales del bolchevismo no parece que se precisen especiales demostraciones y recuerdos.

A la vista de todo ello, es evidente que no basta, a la hora actual, con decir que la hispanidad es por su esencia una doctrina en la que todos los hombres pueden comulgar. Ni quieren comulgar en ella los que ahora mandan en el mundo ni nos van a dejar seguir comulgando a nosotros. Si queremos conseguirlo tendremos que hacer, por tanto, algo más que expresar nuestro deseo. Algo que empiece por detener ante las puertas de nuestra casa a las otras concepciones ecuménicas que pretenden instalarse en ella. Ver el modo de defender provisionalmente la subsistencia de un coto hispánico en una parte del mundo antes de pretender proyectarlo sobre el resto del universo.

* * *

Aunque en filosofía no está resuelta la naturaleza de la relación entre lo inmaterial y las sustancias corpóreas, estamos todos prácticamente de acuerdo en que las ideas necesitan de un apoyo material para realizarse. El resorte de la idea hispánica en el mundo fué España, que a todo lo largo de los siglos en que fué sujeto activo de la Historia se consagró fundamentalmente a propagar por el mundo los ideales católicos. La tarea culminó en el siglo XVI, uno después de que España, bajo los Reyes Católicos, se constituyera en nación: Pensando en España es cuando tiene mayor validez la afirmación de que la esencia de la nacionalidad no reside en ningún elemento físico, como la sangre, la raza, el territorio o el idioma. Ni siquiera es suficiente la definición de Renán del plebiscito cotidiano sobre un pasado común de glorias y dolores. Hay que proyectar, con Ortega, el plebiscito hacia el futuro o, como aún más estilizadamente haría José Antonio, convertirlo en una unidad de destino. Pero es a

España a quien puede aplicarse tal concepto, no a otra nación cualquiera.

La francesa, por ejemplo, obedece en su nacimiento y desarrollo a leyes muy distintas. En los siglos XVI y XVII, cuando ha impreso ya su huella al mundo la nación española, no existe aún en rigor la francesa. Existe sólo el Estado absolutista francés, encarnado en el Rey. *L'Etat c'est moi*. Lebon perfila del siguiente modo los principios fundamentales entonces imperantes: "Sólo el Rey ostenta el poder soberano dentro de su reino, y de su uso sólo responde ante Dios... El Rey es el Jefe soberano de la nación y uno con ella: el poder legislativo, independiente e indiviso, descansa en la persona del Soberano. Ninguna institución limita el poder del Rey."

La nación se forma en Francia en lucha contra este poder real, y desde el primer momento está dominada por la idea de oposición a esta fuerza. Por eso, la primera preocupación de la Asamblea Constituyente es la de definir y defender los derechos del individuo. La libertad se convierte en el valor más importante de la sociedad. Se llega a pensar que la única misión del Estado es la de servir y atender las necesidades e intereses individuales. La suma de estos individuos agrupados por su propia voluntad en una organización común es lo que constituye la nación. Estamos en la pura teoría de Rousseau. En lugar de la relación príncipe-súbdito, ha surgido la igualdad nación-individuo. Prgresivamente se van depositando en la nación todos los atributos que antes poseía el rey hasta crear con ella un ente nuevo dotado de personalidad jurídica y soberanía. Al llegar a esta fase, "la nación forma una entidad distinta de la suma de los individuos que la componen. Posee, como verdadero ser, conciencia y voluntad distinta de las conciencias y voluntades individuales; un alma nacional distinta de las almas individuales" (Duguit). Desde este momento el individuo ha dejado de participar en la soberanía de la nación, y la doctrina de Rousseau ha quedado abandonada. Rousseau quería una soberanía nacional fraccionada. Cada ciudadano sería partícipe de una partícula de ella. En su lugar, se ha proclamado ahora la soberanía de la nación-persona, animada de una voluntad única e indivisible. Aunque junto a ella se proclama también la libertad del indivi-

duo, esta libertad no tiene existencia fuera del papel. La realidad demuestra que por mucho que se hable de voluntad general, lo que hay siempre es la voluntad de la mayoría, a la cual tienen que someterse las minorías. En suma, el propio Duguit tiene que acabar reconociendo que "en esa doctrina de la soberanía no hay un átomo de realidad positiva; en el fondo, no pasa de ser una construcción de metafísica formal, curiosa y lógicamente ensamblada, pero extraña a la realidad concreta y en trance hoy de derrumbamiento. La Revolución francesa quiso proteger al individuo contra el derecho divino y la omnipotencia de los reyes, pero ahora, contra quien hay que protegerlo es contra el derecho divino y la omnipotencia de los Parlamentos".

Pese a estas fallas evidentes los franceses no se conformaron con aplicarse a sí propios el sistema, sino que acometieron la empresa de proyectarlo fuera de sus fronteras. Durante siglo y pico se encontró el mundo con una nueva doctrina ecunémica bastante dispar de la española: la de los derechos del hombre y la soberanía nacional. Sobre estos pilares se asentaba, a juicio de los franceses, la única civilización digna de tal nombre, la cual se afanaron por llevar al mundo con el mismo celo que los españoles, anteriormente, los principios del Catolicismo. "La nación francesa se ha colocado, por su Revolución, a la cabeza de la especie humana, desde el punto de vista de la civilización" (St. Simon). "Hace tiempo que la opinión europea proclama a Francia como el país más civilizado de Europa..., el país cuya civilización ha resultado ser la más completa, la más comunicativa" (Guizot: *Historia de la civilización en Francia*).

En Alemania se estaba tan lejos como en España de tener la misma opinión. El concepto de nación francesa, elaborado como una ficción jurídica, y de la que formaban parte con absoluta igualdad de derechos hombres pertenecientes a las más diferentes razas y colores, no se entendía por los vecinos del Este. Allí, la nacionalidad se fundaba en un concepto naturalista. Lo esencial eran la sangre y la raza. Por eso, en realidad, no se hablaba de nación, sino de pueblo. *Das Deutschtum*, la germanidad, era lo que caracterizaba a los hombres del Centro de Europa por oposición a los demás habitantes del mundo. La afinidad de determinados rasgos fisiológicos es lo que determina

la agrupación de los diferentes seres humanos en verdaderos organismos naturales con realidad tan ontológica como la del individuo aislado y superiores al mismo.

Se comprende la resistencia que un pueblo animado de tal ideología había de oponer a la penetración en su seno de todas las demás doctrinas ecuménicas, las cuales, por su parte, no podían resignarse a dejar a los germanos a solas con su concepción racista. Así como, a pesar de ser la germánica *strictu sensu* una ideología contraria a ecumenidades, tampoco podía dejar de pretender influir sobre las concepciones de los demás pueblos, aunque sólo fuera exteriorizando su desdén por ellas, como sucedió cuando en 1937 organizó Francia un concurso en París de mestizas y muchachas de color sacadas de todas las partes de su Imperio, con objeto de "atestiguar los excelentes frutos de la colaboración de las diferentes razas en los más altos intereses de la humanidad". La más hermosa sería coronada "Miss Francia de Ultramar".

Como tenía a la fuerza que suceder, los que también en 1937 proclamaban al diputado negro Candace "símbolo de la unidad de todas las razas dentro de la misma Patria" y concedían la nacionalidad francesa con todos sus derechos al súbdito negro que se casara con una francesa blanca, se indignaban profundamente porque Hitler denigrara esos hechos y, de acuerdo con sus principios, deseara salvar la raza francesa para Europa. Los aliados anuncian ahora que su primera medida, si obtienen la victoria, será la de destruir la raza alemana. Como se ve, todas las ideologías, proclamen o no su ecumenidad, tienden siempre a proyectarse hacia fuera. Volviendo a la de la hispanidad, lo que nos interesa no es tanto, pues, afirmar aquel carácter común a todas, sino examinar la situación en que se encuentra hoy en el mundo enfrente de las demás ecumenidades.

* * *

Uno de los mayores errores que pueden cometerse en historia es el de olvidarse de su incesante fluir. La afirmación de que nunca nos bañamos dos veces en el mismo río no es puramente teórica. Claro que en el río podemos siempre saber dónde nos

encontramos. En historia es mucho más difícil reconocer una situación mientras aún es actual. Sin perspectiva histórica no hay juicio con probabilidad de acierto. Al menos con aplicación del método racional. Dejando a salvo, naturalmente, las inmensas posibilidades de la intuición.

Obra de intuición fué sin duda la de Ramiro de Maeztu. Como todo lo que emanó de este gran intuitivo que presintió con claridad asombrosa hasta las circunstancias de su propia muerte. El saber que acampamos bajo su bandera es nuestro motivo de mayor confianza. Pero quien no se sienta sólo por ello contagiado del optimismo en el triunfo final de la hispanidad que animó a D. Ramiro, forzosamente se sentirá inclinado, a pesar de todas las dificultades del propósito, a descender al terreno de las meditaciones de carácter práctico, para tratar de perfilar la figura de la hispanidad no con arreglo a lo que fué, sino con arreglo a lo que es y a lo que puede ser dentro del marco de la Historia.

Cuando Recaredo se convirtió al catolicismo surgió propiamente, según Maeztu, el ser de la Patria española, "porque el ser empieza por la asociación de un valor universal o de un complejo de valores a los elementos ónticos, la tierra y la raza en este caso. Toda Patria, en suma, es una encarnación". No surgió todavía, sin embargo, la hispanidad como misión específica de España, por la sencilla razón de que entonces Europa entera —que era el mundo— constituye la cristiandad, dentro de la cual conviven en estrecha comunidad los pueblos bajo la autoridad espiritual de la Iglesia. Cuando se fragmenta en diferentes naciones esta unidad del Imperio es cuando España echa sobre sus hombros la tarea de recomponer bajo el mismo signo religioso que antaño la perdida unidad.

Como con más autoridad que nadie ha demostrado D. Ramón Menéndez Pidal, Carlos V no ambicionó jamás la Monarquía universal, sino el Imperio cristiano, que no es ambición de conquista, sino cumplimiento de un alto deber moral de armonía entre los Príncipes católicos. La efectividad principal de tal Imperio no era someter a los demás reyes, sino coordinar y dirigir los esfuerzos de todos ellos contra los infieles para lograr la universalidad de la cultura europea. Ello no quiere decir que Car-

los V confiase el éxito de sus propósitos sólo a la elocuencia de sus teólogos. Ciertamente que la labor de éstos en el Concilio de Trento marca, según Maczku, el apogeo de la hispanidad. Pero no puede olvidarse que, a la par de los textos canónicos en el Concilio, se esgrimían en el campo de batalla las armas contra los herejes y los infieles, porque el Emperador estaba a cien leguas de pensar, como algunos gerifaltes de un neocatolicismo de nuestra época, que el orden cristiano puede constituirse a base sólo de recordar periódicamente en encíclicas y pastorales un conjunto de preceptos morales para la edificación particular de las almas. Carlos V creía, por el contrario, que la verdad hay que imponerla por la fuerza, y no dejó de utilizarla, en cuanto pudo, a su servicio. La Inquisición en el orden interno y los ejércitos imperiales paseándose victoriosos por el mundo de entonces, son buena prueba de ello. Y de que no andaba descaminado lo es la batalla de Mühlberg, en la que los arcabuceros españoles cruzaron el Elba a nado llevando las espadas entre los dientes, y con ello estuvieron a punto de acabar con la herejía. Posteriores reveses militares llevaron a su definitivo acatamiento en la dieta de Augsburgo.

En definitiva, Carlos V creía, con la buena escuela de modernos filósofos, en la primacía del ser. La cristiandad tenía que encarnar en la Ciudad temporal o renunciar a ser. Nada le llega al hombre que no sea por la carne. Quien sólo considera en Jesucristo al verbo y olvida al hombre, acaba por negarle y, finalmente, pierde a Dios. Esto es lo que les está sucediendo a las sociedades modernas desde que la disolución del santo Imperio germánico, primero, y la derrota de España, después, privaron a la concepción católica de cuerpo.

Ninguna forma corporal es, por supuesto, insustituible para la encarnación del espíritu. Dos bien distintas fueron estas del Imperio medieval y de la Monarquía católica española. ¿Llegará a realizarse la misma idea sobre la comunidad hispánica? Volvamos a nuestras trece. Lo primero es que esta comunidad "sea". Lo cual no quiere decir, por supuesto, que tenga que ser precisamente una nación, y mucho menos hoy que atraviesa esta forma del ser tan honda crisis.

Todavía a principios de siglo cada nación del mundo, aun

inspirada por un principio diferente —el espíritu religioso en España; la soberanía nacional y los falsos derechos del hombre, en Francia; el comercio, en Inglaterra; la raza, en Alemania, etc.—, constituían bloques sólidos en los que el espíritu nacional primaba sobre cualquier otra diferencia ideológica o de intereses. Por grandes e irreductibles que ellas parecieran acababan siempre por plegar banderas en la hora en que sonaba la voz suprema de la Patria. En la actualidad, como se ha visto, la guerra civil española ha sido sólo el primer chispazo de la guerra civil europea, que no es sólo guerra civil en el seno de la vieja cristiandad, sino en el de cada una de las naciones donde luchan encarnizadamente, impulsados por una pasión mucho más fuerte que la de los afectos patrióticos y familiares, padres contra hijos y hermanos contra hermanos. En todas partes han sido más fuertes otros principios ideológicos que los de la conservación de la integridad nacional.

Hoy no se habla ya en el mundo de una guerra entre naciones, sino de una lucha entre fascismo y antifascismo, comunismo y anticomunismo, principios democráticos y totalitarios. Las dos mayores organizaciones estatales pretendientes a la hegemonía universal no se designan siquiera por nombres nacionales, sino por simples juegos de letras: U. R. S. S., U. S. A. Unión de Estados significa uno de los anagramas. Unión de Repúblicas el otro. Sin ambages se declara que ni la raza ni el emplazamiento geográfico son óbice para que ningún pueblo del mundo deje de formar parte de tales uniones. Todo dentro de ellas puede ser vario, menos la ideología. De la uniformidad con que se piense dentro de ellas en el futuro dependerá la seguridad de su mantenimiento en torno a los focos de Washington y Moscú.

En el caso de la U. R. S. S. resalta aún más la pérdida absoluta de un sentido nacional en aras de una concepción ideológica, a la vista de la indiferencia con que parece dispuesta a sacrificar hasta el último de sus pobladores con tal de conseguir arrollar al ejército alemán, tras de lo cual estiman, por lo visto, los dirigentes soviéticos fácil y equivalente sustituir con europeos a los rusos desaparecidos.

Aunque en un grado quizá no tan extremo obsérvase el mismo fenómeno de debilitación del sentimiento nacional y con-

ciencia de una solidaridad de otro tipo en la clase capitalista. Nos referimos, naturalmente, a ese capitalista puro tan ciertamente descrito por Sombart, para el cual el negocio y la ganancia no constituyen un medio encaminado a la mejor realización de otras finalidades de la vida, artísticas, científicas, morales o incluso patrióticas, sino un fin en sí mismo. Es innegable, pues, hoy día, la existencia en todas las naciones de unas capas sociales mucho más estrechamente ligadas entre sí que lo están cada una con las demás de la misma nación. Es un proceso más de los innumerables que nos ofrece la vida, jamás estancada en formas definitivas y permanentes. La cantidad inmensa de gentes que en las horas decisivas para sus respectivas patrias han huído de ellas para agruparse en una especie de sindicato general de intereses lesionados, es otro destello bien fulgurante del mismo fenómeno.

Sí; es evidente la quiebra por doquier, en mayor o menor grado, del sentimiento nacional. A la par de este proceso, intenta salvarse Alemania constituyéndose sobre el principio de la raza, al que con el reproche de materialismo de tal manera se ha estigmatizado en las llamadas teorías espiritualistas de la nacionalidad. Pero el hecho cierto, cuya realidad no puede hoy negarse, es que las naciones constituídas en torno a principios inmateriales se han disgregado a la misma hora en que Alemania afirmaba violentamente la consistencia de los vínculos de sangre integradores de su personalidad. Y a la vista de este fenómeno histórico surge inevitablemente la duda de si sería acertada la calificación de materialista para juzgar la afirmación racial. Al fin y al cabo siempre es sobre una base material como se nos manifiesta el espíritu en este mundo. Las exageraciones de un Rosenberg prosternado en actitudes histéricas ante la divinidad por él reverenciada de la sangre, nos causan asombro y desconcierto. Pero tampoco es un caso insólito el del cielo descompasado del fanático de una doctrina cualquiera, la cual, curada de esas deformaciones, puede encerrar muchos atisbos de verdad. Y contenida dentro de sus justos límites no puede decirse *ab irato* que sea un disparate la tesis de que en la especie humana no termina de modo definitivo el proceso de continua diferenciación característico de todos los seres vivos. En la natu-

raleza no se observa un solo proceso de fusión, sino, antes al contrario, de continuo surgimiento de nuevas especies, subespecies, géneros y variedades. ¿Qué es lo que nos permite inducir que ramificadas en el gran número de razas y sub-razas conocidas los descendientes de la única pareja bíblica deba realizarse la inversión del proceso en los tiempos actuales para llegar a un tipo único de humanidad? Tampoco es fácilmente controvertible la afirmación de que a cada raza humana corresponden unas determinadas aptitudes y cualidades, dentro, por supuesto, de la igualdad de todas ante los ojos de Dios.

Ya sé que Maeztu no creía habría de mantenerse sino en tiempos de bonanza la solidaridad racial que une a los ingleses, a sus colonos y a los norteamericanos, y, en cambio, auguraba grandes venturas del hecho de la creación de una raza única en Sudamérica, "ventura que no conocería Norteamérica, a la que se le plantearía en el futuro el problema de sus razas de color inasimiladas". Pero estas palabras fueron escritas en 1932, y once años más tarde ya se ha advertido que la solidaridad racial anglo-norteamericana se ha estrechado en los momentos de peligro más aún que en los de bonanza. En cuanto a las razas de color, tan pronto les perturben a los yanquis en vez de servirles de mano de obra, sufrirán la suerte de los aborígenes australianos bajo los ingleses, si, en el mejor de los casos, no son expedidas a América del Sur para que continúen allí los hispanos ejerciendo sus facultades asimiladoras.

En definitiva, no parece que ante esta actual efemérides histórica puedan negarse a los principios racistas todo valor. Lo cual no quiere decir que haya que atribuírselo en términos exclusivos. Nos lo impide el ejemplo de Rusia, constituida por un mosaico de razas y que precisamente después de haber exterminado implacablemente a las de mejor calidad a lo largo de veinticinco años de bolchevismo, es cuando ha llegado al auge de su potencia. En este caso no puede dudarse de que la idea pura del comunismo es el impulso dominante, idea que no es peculiar de los rusos, sino que tiene del mismo modo encendido el ánimo de gran número de hombres de las más variadas razas y tierras por encima de todo otro vínculo patriótico o religioso.

Tampoco puede olvidarse lo que está sucediendo en el es-

pacio denominado por el Japón "Gran Asia". También allí una gran diversidad de pueblos están sintiendo estrecharse unos vínculos de solidaridad frente al antiguo conquistador blanco, dentro del mantenimiento de unas respectivas autonomías hábilmente reguladas por el sentido nipón de una "gran política".

En resumidas cuentas, si al hablar de hispanidad se pretende otra cosa que extasiarnos ante sus pasadas bellezas como hacemos ante la cultura griega, es preciso mirar a la situación actual del mundo cara a cara.

"Amamos a España porque no nos gusta", decía José Antonio. Porque amamos a la hispanidad y creemos que es el símbolo de la más alta cultura que ha existido en el mundo, deseáramos que se planteara en un terreno de realidades la cuestión de su pervivencia. Hay que reconocer la lejanía de los tiempos en que la cultura europea era la cultura universal. Hoy se trata simplemente de conseguir que no se extinga en algún rincón del mundo. Dos concepciones universalistas la amenazan de muerte: la anglo-materialista de la dictadura económica y la bolchevique de la dictadura del proletariado. Ambas, a su vez, están unidas por un complejo irracional de comunes odios y rencores, aunque discrepen en sus intereses materiales. Otros dos núcleos vitales defienden desesperadamente su permanencia en el mundo contra el intento de aquellas dos hegemonías: el germano en el centro de Europa y el nipón en el Oriente asiático. Ciertamente su voluntad de independencia orgánica se opondría a la penetración hispánica con la misma resolución que hoy lo hacen contra anglo-yanquis y bolcheviques. Pero el problema de hoy, a nuestro juicio —repetámoslo—, no es el de lograr de momento un predominio mundial, sino el de defender nuestra mera subsistencia gravemente amenazada. Y en este aspecto las tesis germana y nipona, contrarias a universalismos y partidarias de la división del mundo en zonas económicas y culturales, es nuestro mejor punto de apoyo. Lo cual no quiere decir, por otra parte, que cada centro de cultura vaya a estar rodeado por una muralla de la China contra las influencias de los demás. En el intercambio que, por el contrario, habría, encontraría su oportunidad el nuestro para seguir desarrollando sus aptitudes misioneras. Sólo que limitadas estrictamente al campo de las puras influencias ideológicas. Sin que pueda olvidarse

que cuando se habla de cultura germánica, como cuando se habla de hispanidad, sólo se mencionan dos modalidades, llenas de savia y vigor de la común cultura europea. También otra rama del mismo tronco es la civilización francesa. Mantener vivo el recuerdo de las comunes esencias, de tal forma que la diversidad de matices no destruya, sino, antes al contrario, realce la armonía del conjunto, es la específica misión española.

Todo se reduce en definitiva a que nuestra idea tenga la vitalidad suficiente para adaptarse a las actuales circunstancias del mundo y engendrar el organismo adecuado. Sabemos que el cristianismo ha de ser eterno, pero cuando se concede tan fácilmente que la crisis del mundo es debida a que hace tiempo no se aplican sus principios, se impone la reflexión sobre cuánto podrá seguir todavía una doctrina que no se aplica enfrentándose con otras desprovistas al menos de esas contradicciones, y claro es que si admitiéramos que el cristianismo ha estado siempre vigente, la conclusión sería aún más desoladora. No, no lo ha estado hace tiempo, pero tiene que volver a estarlo, sin que hoy se vea en qué otro cuerpo podría encarnar que no fuera el que desde su origen lo sustentó. "La política de Francia e Inglaterra desde mediados del siglo XVII, ha escrito Alfonso García Valdecasas en su prólogo al libro *Reivindicaciones de España*, de José María Areilza y Fernando M.^a Castiella, fué la que destruyó en lo político la visión de la Cristiandad, visión que había sustentado España. Ella y la ceguera ante la vitalidad de nuevas formas históricas han desencadenado la guerra actual."

Este es, en conclusión, el panorama que se extiende hoy ante el impulso hispánico, bien distinto del que presenció sus primeros pasos. Desarrollo de la técnica, crecimiento de las masas, debilitación de los sentimientos religiosos y patrióticos, formación de unos nuevos y potentes centros de fuerza con aspiraciones universalistas unos, como el nuestro, y de distribución del mundo otros en espacios económicos y culturales... todo ello deberá ser cuidadosamente meditado por los dirigentes de la hispanidad si de veras quieren hacer triunfar sus ideales en el campo de la "gran política".

Pero, ¿se puede de verdad someter a esta meditación racionalista las líneas de una "gran política"? Quizá, en definitiva,

ésta sólo sea el producto de un impulso irracional e instintivo que se traduce primero en los sueños de los poetas o de los grandes visionarios y más tarde en gestas como la de nuestra guerra civil o la del Presidente Ramírez en esa magnífica y denodada defensa de la soberanía y dignidad argentinas, que tiene suspenso el ánimo de todos los españoles del mundo.

JOSÉ IGNACIO ESCOBAR.
Marqués de las Marismas.